
El sentido histórico de Soledad Ortega

Marta Campomar

En un ensayo del año 1929, «La Pampa... promesas», publicado en *El Espectador*, especulando sobre una posible vida criolla que le disparaba potencias, casi sin saberlo, hiriendo zonas intactas de su ser, Ortega decía lo siguiente: «todos tenemos la conciencia de que conforme nos íbamos realizando en la existencia caían a diestra y siniestra, decimadas por el destino, otras vidas que podríamos haber vivido». Ampliando este concepto utiliza términos como fatalidad, eliminación, selección de posibles trayectorias, vidas efectivas y afectivas que pudo tener pero quedaron desnucadas para siempre sin ser cumplidas. Lo que genera un fondo de biografía espectral con posibilidades que quedaron frustradas en cada destino personal.

Lejos estaba Ortega en aquellos años veinte de aplicar estos espectros errabundos a la situación de la Guerra Civil Española y su consecuente exilio, circunstancia que alteró por completo el destino de su vida íntima y profesional. Arrastró en la catástrofe a

su única hija, Soledad, quien en el año 36 cursaba su carrera universitaria en la Central de Madrid, cuando todavía no había cumplido los 21 años. La fatalidad quiso que ella nunca retomara una interrumpida vida profesional y, como tantas mujeres de su época, se casó, formó una familia y educó a hijos y sobrinos hasta que el destino la condujo a fundar y presidir con éxito una Fundación que lleva el nombre de su padre. Esta trayectoria fue lo que Ortega denominaría su «vida real», una vida leal consigo misma que entre medio había movilizadado en ella una verdadera vocación intelectual, la de convertirse en preservadora de patrimonios familiares, potenciando, sin saberlo, una capacidad profesional para rescatar la intrahistoria de los españoles.

El sociólogo argentino José Luis de Imaz, en su libro *Raíces del Pensar* menciona explícitamente esta labor de Soledad quien figuraba «entre las mujeres guardianas de la memoria», «gran conservadora» en sociedades como las hispanas donde conseguir documentos para reconstruir pasados era tarea difícil .

Este quehacer de preservadora de lejanías, Soledad lo asumió con placer y con la seriedad de una investigadora deleitándose, como le confiesa a Victoria Ocampo, en desentrañar esa «*petite histoire*» que eran los epistolarios, donde, bajo el telescopio de la cotidianeidad, los genios aparecen más humanizados. Entre chismes, dimes y diretes, formas de pensar y actuar de toda una generación pasada, salen a la superficie resonancias ocultas, los secretos e intimidades de tantas vidas ricas y complejas sepultadas muchas de ellas en el cruel olvido de la historia. Soledad cree necesario rescatar estas vidas olvidadas o desnucadas antes de nacer, y devolverlas a la vida pública. Con el estímulo de recopiladora amateur, ella llenó lo esencial de su vida madrileña redescubriendo mundos histórico-literarios que en el futuro le serían de gran utilidad para recuperar ese perfil profesional que habría quedado como muñón cortado al perder su carrera universitaria. Y viene al

caso el comentario de su padre en este mismo ensayo para argentinos: «Pues bien, no me parece justo que salvemos solo la vida que de hecho hemos vivido».

Las cartas de Galdós

Dentro de los posibles huecos de su existencia hogareña Soledad desarrolló una vocación intelectual que se debió a su entender al puro azar, cuando recibió en su casa uno de los epistolarios más buscados por el hispanismo internacional: las cartas a Galdós.

En el contexto de la España franquista este descubrimiento le cambió la vida declarándose ante una Victoria Ocampo de gustos afrancesados, como una entusiasta de la literatura española del XIX «ya que de tantas otras cosas no puedo serlo». Ella es consciente de lo poco que se conoce esta literatura y para promocionarla luchó para que se le diera un cuarto propio, como diría Virginia Woolf, dentro de la familia Ortega y Gasset, y en *Revista de Occidente*. Necesitaba su espacio individual para poder encausar la entusiasta tarea de custodiar, cartas, notas, memorias e imágenes que luego verían la luz en diferentes proyectos editoriales. Sus prólogos y observaciones de clarísima y concisa prosa castellana, lejos estarían de las pretensiones académicas o eruditas de investigadores nacionales o internacionales, aunque supo mantener en todos sus escritos ese rigor y criterio científico lúcido, suelto y apretado simultáneamente que su padre valoraba a la hora de formular sus propias meditaciones filosóficas.

Soledad solía hacer referencia, con un cierto dejo de divertimento, a que su rol profesional dependía de ser «la hija de Ortega», como si el legado de su padre pesara sobre sus espaldas precipitando su destino individualísimo, como diría Ortega, hacia el maduro destino de ser fundadora de dos instituciones, en España

y Argentina, donde su padre habría soñado con una posible vida criolla «no vivida, claro está por mí», pero que Soledad recuperó en sendos intercambios epistolares, con los Elizalde, Victoria Ocampo y los García Pinto de Salta.

En medio de la fugacidad de su vida hogareña transcurriendo en la chatura de la España franquista, en su camino se cruzaron varias vidas femeninas, las familiares, las universitarias y menos conocidas las literarias. Efectivamente las cartas a Galdós movilizaron sus inercias domésticas hacia zonas intactas de su ser, redescubriendo las mujeres decimonónicas que brotaban como seres vivos del frondoso mundo galdosiano. El contacto con el epistolario de Galdós que ella reorganizó eficientemente interpretando lo recibido y clasificando el material como lo habría dejado don Benito, despertó en ella el gusto por este género epistolar a pesar de que se declaraba «lega en estos menesteres propios de la erudición». En *Imágenes de una vida* Soledad relata cómo un criado le habría traído a Pérez de Ayala una maleta de cuero negro con las cartas galdosianas para que Pérez de Ayala las publicara con un prólogo precedido de su puño y letra. Inesperadamente, durante la guerra, Pérez de Ayala le entrega para su custodia la preciada valija de cuero negro, sin sospechar que esta encomienda marcaría el comienzo de una gran transformación personal en la que se vio obligada a penetrar en el postergado mundo de los «decimonónicos».

Soledad advierte que con la guerra el orden epistolar se deshizo, teniendo que reconstruirlo con paciencia y responsabilidad, consciente de que estaba catalogando un capítulo importante de la historia literaria de España. Cuenta en su *Prólogo* a la edición de las cartas que se tomó el trabajo y cuidado de descifrar cada cotesponsal, con mayor o menor riqueza en su contenido. Había cartas sabrosas con actores, porque el mundo del teatro le atraía a Galdós, y lo que le llamó la atención fue la ausencia de cartas com-

prometedoras de doña Emilia Pardo Bazán que posiblemente fueron destruidas de común acuerdo.

En el proceso de reordenamiento, pronto descubrió que en las cátedras anglosajonas este gran retratista de las costumbres burguesas madrileñas o provincianas de la Restauración, con su larga galería de prototipos femeninos, sus novelas de tesis por entregas, que llenaban las columnas del diario de su familia *El Imparcial*, que este era el autor más cotizado y estudiado por hispanistas del extranjero. Por consiguiente el revuelto epistolar galdosiano en sus manos era intensamente buscado por eruditos internacionales.

A Victoria Ocampo, indiferente a este tipo de literatura española, Soledad le cuenta en un intercambio epistolar del año sesenta que las cartas a Galdós eran de incalculable valor para ese gran regimiento de investigadores galdosianos diseminados por las cátedras de literatura, sobre todo en las anglosajonas bien equipadas para la investigación. Ella intuye acertadamente que por medio del hispanismo anglosajón se podían divulgar los méritos de la literatura del XIX, aún sabiendo que se hacía un uso selectivo y arbitrario de los autores del periodo. Su perspicaz comentario a Victoria es: «pienso que a pesar de todo el hispanismo que ha cundido por las universidades americanas (que conozco un poco a través de los emigrados españoles y de los jóvenes que van a trabajar allí, como mi sobrino) no se trata en justicia nuestra historia de la literatura».

Estas sutiles observaciones sobre el fenómeno del hispanismo en Norteamérica, tienen un claro referente en una importante relación personal, que sostuvo desde su juventud con un profesor de la Universidad de Berkeley. Soledad, en este hallazgo, contó con el apoyo de José Montesinos, académico de su universidad en Madrid, republicano radicado en Estados Unidos, eximio profesor de literatura, quien la orientó en el enrevesado laberinto de la novela

galdosiana. A distancia, él despertó en ella un verdadero interés por sus héroes y heroínas en el dramático contexto histórico en que fueron concebidos. Para acompañar el ritmo de semejante erudición que le llegaba desde California y poder penetrar más a fondo en las historias y peripecias del universo galdosiano, Soledad contaba en su introducción a la edición de las cartas, que fue a comprar en una conocida librería de Madrid la colección Aguilar que contenía completas las obras de Galdós. Con su imaginación receptiva y alerta a los comentarios que le llegaban de Estados Unidos, ella se recogía en un rincón de su casa o en los jardines del Retiro relejendo *La de Bringas*, *Gloria*, *Tormento*, *Fortunata y Jacinta*, sintiendo verdadera fascinación por la posición de la mujer victoriana con su juego de moralidades, represiones y gestos de emancipación incipiente. Con cierta ironía, en 1975, ella le da a entender a Victoria Ocampo, involucrada en el movimiento feminista de su país, que se hablaba de Galdós en el hispanismo extranjero con cierta «mezcla de orteguianismo y feminismo» liberal, como si el novelista canario, fino observador del prototipo femenino de La Restauración se hubiera dedicado a elaborar la liberación femenina del anglosajón contemporáneo. Ella no creía en semejante propósito; por el contrario, al crear don Benito su extensa galería de prototipos femeninos vislumbra la misma sociedad en que se habría educado su abuela Dolores Gasset Chinchilla. Lo que sí cuestionaba desde la España de Franco era cuánto habría cambiado la situación de la mujer en el largo recorrido de un siglo que avanzaba hacia una Europa más moderna y con más derechos y responsabilidades para la mujer profesional.

Finalmente el esfuerzo de compaginar, «nuestro Galdós», el de ella y el de su mentor en Berkeley, quien le abrió grandes avenidas de lontananzas literarias, publicando él mismo dos tomos sobre la vida y obra de Galdós, concluyó con la publicación por parte de *Revista de Occidente* del codiciado epistolario por insistencia

de Soledad. En su introducción ella cataloga la edición como «un tesoro insólito para la historia de las letras españolas». Aprovecha para compartir con el lector sus impresiones personales sobre don Benito a quien define como corresponsal arisco, elusivo, y remiso a toda confidencia. Era terriblemente insatisfactorio, con cierto egoísmo de gran creador que le volvía tímido, silencioso y receloso de su intimidad.

Aprovecha Soledad el prólogo a las *Cartas a Galdós*, escrito en 1964, para hacer notar al gran público literario que los libros de memorias eran escasos en España en contraste con Francia y que los epistolarios españoles en general eran poco reveladores y poco abundantes, como si el género epistolar, que Ortega alegaba era género de deleite femenino, en los hombres, hasta en los más famosos, parecían desmañados y desganados. Parecía como si el acontecer histórico no tuviera valor testimonial de relevancia. Se le clasificaba como un género «funcional» con armazón de hechos poco significativos.

Como mujer, Soledad le otorgaba al género epistolar la característica de mantener la ilusión de un época viva. En esos papeles amarillentos las vidas fluían con menos prisa, aportando nuevos valores a la historia. Ella atribuye el «atraso» de los estudios literarios en España a la ausencia de este género y de memorias que expresan la intimidad del corresponsal y se lamenta de que el erudito español haya tenido que recurrir a documentos notariales para reconstruir vidas pasadas.

Pero como en todo género había excepciones. En el epistolario con Galdós las cartas de Juan Valera, diplomático, con mucho tiempo a su disposición, ofrecían un pantallazo intimista y de observaciones locales e internacionales de muy rico contenido. Aprecia también las cartas de Francisco Navarro Ledesma que eran «cartas inéditas que habían caído en cuidadosas manos familiares» preservándose para la posteridad.

En aquel entonces Soledad se lamentaba de no contar con notas o comentarios para dilucidar pasados, pero es sumamente cuidadosa con la integridad de los textos reproducidos «en suma, escribe, me he dejado guiar, en todo momento, por el afán de que estas cartas lleguen al lector en la versión más fresca y directa que la letra impresa puede proporcionar».

Eran tiempos en que ser compiladora de testimonios familiares sin computadoras, fotocopiadoras y otros avances de la tecnología moderna, requería de una tesonera labor por parte de la organizadora, labor tenaz y cuidadosa que ella supo llevar a cabo para no sacrificar detalles e información valiosa para la posteridad. Se pasaba el material escrito a una maquina taquigráfica, proceso que requería la ayuda de una secretaria y de un despacho en *Revista de Occidente*, además de tiempo libre para encarar semejante proyecto.

Sin duda, al zambullirse plenamente en el mundo galdosiano el deleite literario tuvo un coste personal que ella manejó con discreción e inteligencia pero simultáneamente profundizaba en ella su vocación de historiadora de archivos. Se sintió responsable por cada uno de los epistolarios recibidos fueran de Galdós, Campomanes o de otros archivos familiares como el de Ortega Munilla. Los de su padre ya eran un monumental desafío que logró poner en marcha con la ayuda de muchos colaboradores, una vez creada la Fundación de Madrid. En los años ochenta comenzó la difícil tarea de recatalogar los archivos orteguianos y de otras correspondencias con Ortega donadas por familiares a la Fundación.

La memoria de los Ortega y Gasset Spottorno

En el género de las memorias, Soledad reunió en un álbum para lectores curiosos, las *Imágenes de una vida*, las de sus progenitores y las de ella misma, aclarando que no era una biografía de

Ortega sino sus recuerdos «directos», recogidos en imágenes fotográficas, que también constituían un verdadero trabajo de archivo. Para comentarlas y clasificarlas reconoce que contó con ayuda de familiares. No era fácil la tarea de «identificarlas» adecuadamente para lograr localizar escenas y personajes desconocidos. Sabiendo que su padre había desarrollado teorías filosóficas sobre el género biográfico, no aspiraba más que a estar presente en un relato sencillo, que es un auténtico testimonio de vidas entrelazadas por el destino. Se siente obligada a «dejar constancia de hechos y personas relacionadas con la vida que nos ocupa para no poner en riesgo el largo rastro familiar de las ramas de los Ortega y Gasset Spottorno dispersas por todas las regiones de España».

Para estas fechas ella ya presidía la Fundación, con un Centro de Estudios Internacionales en Toledo y *Revista de Occidente*, que le quitaban tiempo. Pero no posterga su vocación de responsable preservadora de pasados, respetando siempre en su narración «la coherencia interna que todo relato exige». Retomando frases de la filosofía de su padre, apuntaba a que en toda vida hay que saber seleccionar, esta vez eligiendo y dando prioridad al material de juventud y niñez de su padre para hacerlo accesible al investigador, porque era una etapa menos conocida de su biografía personal.

También en su caso familiar, la Guerra Civil y el exilio habrían destruido mucho material fotográfico, pero ella logra reunir imágenes instantáneas de «ocasionales fotógrafos» que hablan por sí solas y resumen momentos de una distendida vida compartida. Acompaña a las imágenes un texto escrito por ella en 1983, relato basado en recuerdos familiares que recogen intuitivamente la herencia biológica de su estirpe, los genes biográficos de su padre, personalidad rica y amplia, «fina caja de resonancias de la España de su tiempo y de todo lo español». No oculta su admiración por Ortega con su capacidad intelectual, el gusto e interés por las cosas

más diversas, por su vitalidad y percepción selectiva apreciada por discípulos en todas partes del mundo donde se leía su obra.

Y como buena relatora de memorias, ella percibe que su padre es solo un engranaje en la mezcla de sangres, patrimonios, implantación de regiones, y entronque de personalidades únicas, picarescas incluso, que aparecen retratadas con humor picante, sin olvidarse del impacto que tuvo en todos ellos la rotativa del periódico *El Imparcial*, en cuya sección literaria dejaron su registro las mejores plumas españolas.

Según relata Soledad, la hoja de «Los Lunes» se convirtió «en una especie de arbitrio de ese momento de las letras patrias». El parentesco de plumas exigía escribir bien, prosa clara, y en tono cotidiano, práctica que ella misma adopta en su narrativa y en futuros trabajos en *Revista de Occidente*. En su descendencia ella reconocía implícitamente la soltura del periodismo no solo en el estilo de su padre, riguroso filósofo, también en quienes como ella interpretaban vidas, llenas de entrañables personajes que circulaban por la rotativa del periódico madrileño y que se reflejan en otro jugoso archivo familiar, el epistolario de su abuelo Ortega Munilla. Para un amplio público, que desconocía los secretos de los Ortega y Gasset en el mundo editorial de su época, era una novedad biográfica importante destacar las estrechas conexiones con el periodismo. Confiesa que su padre intentó «sanear el contorno» rompiendo con fórmulas tradicionales, tanto profesionales como familiares, un esfuerzo rupturista que se percibe claramente en las cartas a su novia Rosa Spottorno mientras estudia en Alemania.

Un paso importante al respecto fue el descubrimiento, por parte de su hijo José Varela Ortega, de las *Cartas de un joven español* del legado de Ortega Munilla, maravilloso documento que al fallecer su abuela Rosa pasó a los archivos de la Fundación. Lo que comenta Soledad respecto a este epistolario es que posiblemente su madre haya destruido voluntariamente lo que salió de su pluma deseosa de

permanecer «en el recóndito plano de la pura intimidad». Preservó, sin embargo, los manuscritos de quien sería excelente escritor y pensador profundo. «De forma irremediable, comenta Soledad en sus observaciones introductorias, se lleva así la muerte tras su paso inexorable, el secreto de tantos y tantos aconteceres de las vidas humanas». Lo que queda, no obstante, revela comportamientos atávicos, prejuicios y mojigaterías de toda una época denostada por su padre, rebelión de mocedades de un joven español contra el atroz siglo XIX en su conjunto. Las cartas incluyen ansias reformistas propias de la generación del 14, que apuntaban más allá del ámbito familiar hacia el problema de España. Por esto mismo se añaden al epistolario artículos de *El Imparcial*, notas e indicaciones hechas por Ortega en sus originales «para que nada se pierda». Soledad, con su «prolija» tarea de recopiladora familiar, contribuye con sus recuerdos directos a crear un conjunto testimonial que se caracterizó como una publicación única en su género por su material histórico y su naturaleza intimista.

En medio de los inevitables cambios entre el franquismo y el retorno a la democracia, en la mente de Soledad no pudo estar ausente la situación de la mujer, presente en *Cartas de un joven español* y asunto que entre ella y su padre se tornó en un debate generacional. Ella reconoce que, en tiempos del joven Ortega, su visión de lo femenino aparecía como necesaria evolución de la mujer española, influenciada por el clero y las costumbres severas de la época. Las cartas con Rosa revelan la personalidad del hombre ibérico, novio español de pura cepa, compitiendo con el confesor para dirigir la vida de su prometida, quizás sin lograrlo del todo. El antijesuitismo de Ortega le añade un sabor de empedernido laicismo que será una característica de su auténtico pensamiento filosófico.

Las cartas con sus padres y maestros trazan el perfil de un joven inquieto, disconforme con lo heredado, evaluando la carencia de criterio científico en su país. Sus observaciones críticas

contienen el germen de una filosofía antropológica o de psicología de pueblos que luego aplicaría a sus múltiples ensayos políticos y a los artículos publicados en el diario *La Nación* de Argentina, proyectando una nueva sensibilidad y perspectivismo cultural-sociológico, madurado y presentado en su primera obra *Meditaciones del Quijote*.

En esta excepcional publicación de las *Cartas de un joven español*, Soledad tuvo la valentía de poner a disposición de un vasto público de lectores curiosos e investigadores «de nuestra historia intelectual», un valioso material que «procede de la cantera familiar», archivo que sería fundamental para una futura biografía de su padre. En su introducción sobre «algunas observaciones en torno a la edición de este epistolario» ella indica que se han realizado numerosos trabajos sobre Ortega, sobre su pensamiento filosófico, su magisterio, y su incidencia sociopolítica, pero estos manuscritos, preservados por quien fue su novia y compañera fiel de vida, ponen en evidencia el respeto por parte de su madre hacia la persona de quien fue padre, marido, filósofo y periodista de talla internacional. Las cartas a Navarro Ledesma y Julio Cejador son otro indicio de la importancia que ella le atribuye a este rico testimonio de una época preservada por familiares. Y por ser un epistolario «de carácter intimista», al que ella contribuye con sus propios recuerdos, es consciente de que sus «recuerdos directos» también son un gran aporte a la erudición universal. Serán decisivos para quienes se interesen en el periodo formativo de su padre en Alemania.

Vicente Cacho Viu, encargado del prólogo a *Cartas de un joven español*, agrega como erudito un fondo histórico generacional más amplio que incluye la figura de Unamuno, para luego, desde la misma editorial El Arquero, dar lugar a la correspondencia entre su padre y el gran pensador vasco en la contundente polémica sobre el destino europeo de España. Toda esta movida de epistolarios que habrían sobrevivido los avatares de múltiples traslados,

preservados entre la Guerra Civil y la censura, al entender de Cacho Viu eran la base de un gran corpus de documentación fiable para investigadores. Ordenados y catalogados por Soledad, a este excepcional acopio se le agregaba la biblioteca personal de Ortega, una mina de información, única por su riqueza y textos íntegros recuperados. En cuanto a las cartas, destacaba la valentía de revelar lo más delicado del género epistolar y de recortes de diarios personales, que en ocasiones rozaban con la reputación de personas todavía vivas.

El acervo epistolar era sin duda uno de los más delicados porque trazan no solo el perfil en este caso de Ortega, sino que expone la vida de todos aquellos que intercambiaron correspondencia con él, cartas, algunas con descargas emocionales, instantáneas, escritas algunas de ellas en tiempos difíciles de exilio. El comentario retrospectivo de Victoria Ocampo en relación a Ortega es significativo: «times were out of joint» para muchos corresponsales que se cruzaron en su camino en los años cuarenta.

El intercambio de correspondencia entre Victoria Ocampo y Ortega se preserva completo en los archivos de la Fundación por contactos entre Soledad y Victoria en los años cincuenta. Fue Soledad quien, al morir su padre, tomó la iniciativa de acercarse a Villa Ocampo para completar el intercambio epistolar de su padre con Argentina. Lo sabroso en el caso de Victoria fue encontrarse con un material intimista escrito en francés, porque Victoria solía traducirse del francés al castellano para comunicarse espontáneamente con su público de lectores. Victoria era una maniaca de las cartas, su epistolario era monumental, divertido y regado de humor porteño. Ella misma, como Soledad, conocía la importancia del género que constituía su gran tesoro, viajando en valijas de domicilio en domicilio en los difíciles años del peronismo en que *Sur* fue allanada. Soledad logró reconstruir, con la anuencia de Victoria, el intercambio epistolar con su padre y, siendo ella de una

generación más joven, fue la persona indicada para evaluarlo. Ella estaba cerca y a la vez distante para ser objetiva en sus apreciaciones sobre la amorosa relación del año 1917 con la joven Gioconda Austral, que deslumbró a su padre en el primer viaje. Taxativamente, al entregarle estas cartas apasionadas, Victoria pone en su adecuado contexto la relación para que no se malinterpreten o manoseen los sentimientos compartidos.

Este riquísimo intercambio epistolar con Argentina, que incluye el de Victoria-Ortega y el de Soledad-Victoria, –todavía sin publicar, pero ya en camino de serlo desde la Fundación de Argentina y la Fundación Sur–, en este reencuentro entre dos mujeres pone de relieve nuevamente el entusiasmo de Soledad por el género de las memorias induciendo a Victoria a escribir las suyas, tarea que finalmente recayó en manos de una mujer norteamericana, Doris Mayer, con un libro titulado *Victoria Ocampo. Contra viento y marea*. No obstante, Soledad se ofreció a una envejecida y desganada Victoria para ayudarla a publicar el caudaloso material de cartas y memorias que, a cuentagotas, comenzaron a aparecer en la revista *Sur*.

En toda esta gran labor de recopilación testimonial desde España y el extranjero, Soledad contó con el generoso ofrecimiento de muchas familias y de investigadores orteguianos. Tan importante resultó ser el caudal de información recuperado que se creó una Fundación no solo para contener el epistolario, las notas y los libros de Ortega y Gasset que se habían custodiado durante largos años en un cuarto de la calle Alfonso XII, sino también para albergar otras vidas que se preservan en los archivos, junto a material periodístico y el de *Revista de Occidente*. «No es extraño, dice Soledad en la introducción a las cartas de Ortega con Unamuno, que nuestra institución venga dedicando a dicho acervo un interés primordial». Y para ello fue urgente abrir un cauce editorial propio para recibir textos inéditos, ediciones críticas, índices, biblio-

grafías, en suma un aparato de erudición de calidad eficiente, ordenado y de amplia divulgación para el hispanismo internacional.

Las ediciones de *El Arquero* fueron la respuesta a esta gran necesidad de «acertar», como diría Ortega, con una respuesta adecuada a los tiempos, poniendo en marcha bajo su supervisión la trilogía de una Fundación, Archivos y proyecto Editorial, conjunción que fue ejemplar y modelo en una España que revisaba su traumático pasado. A pesar de sus múltiples actividades, Soledad siguió dedicada a la minuciosa tarea de completar cartas, ordenar borradores, notas y sueltos periodísticos de todas partes del mundo en torno a la obra de su padre. Ella es «prolija» y precisa en la revisión de fuentes, algunas corregidas, otras enviadas desde fuera, y se nota en sus prólogos una justa evaluación de las relaciones personales de Ortega con distintas personalidades con quienes compartió discrepancias y coincidencias, sin ocultar detalles.

Entre las ediciones de *El Arquero* mencionamos su introducción a *Para la cultura del amor*, tema sensible en la vida de su padre con muchas mujeres y que era a su vez asunto filosófico de envergadura. Manejando ediciones previas ella supo agrupar textos, seleccionar trozos y añadió algunas fuentes inéditas. Marcó la diferencia entre una antología temática de textos que contiene trozos de la obra del autor y la que ella quería proponer, ampliando el tema hacia otras dimensiones que destacan las difíciles relaciones del filósofo entre lo viril y lo femenino. Le otorga importancia al mito de Don Juan y al papel que representa la mujer universal en la historia. Menciona la sempiterna discusión paterno-filial sobre el tema femenino, preocupación que también compartió con Victoria Ocampo sobre el oficio de la mujer, y el ideal del hombre que la quiere como apoyo e inspiración a su propia profesión. No se calla a la hora de endilgarle a su padre cierta insuficiencia, expresándose ella en su *Prólogo* como mujer española de su generación para quien lo intelectual era visto como un defecto. El prototipo de mu-

jeros que educó María de Maeztu en la Residencia de Señoritas, preparadas para luego ser lo que ella por circunstancias bélicas no logró, ser mujeres universitarias como lo fueron plenamente la generación de sus hijas, la impulsó a continuar, como diría María Luisa Maillard en *Revista de Occidente* (mayo de 2010), con cordialidad e inteligencia en la lucha y andadura de las mujeres universitarias españolas.

Con Ortega, respecto a la mujer profesional, «la muerte dejó la discusión en tablas» admitiendo valientemente que él no había sido hombre de una mujer, a lo sumo las consideraba un «acicate» importante, estímulo para su plena realización intelectual y emocional, conservando simultáneamente el equilibrio y serenidad que le brindaba Rosa Spottorno en el hogar y en su profesión. Sintetizando tan espinoso asunto, ella dirá que a su padre le gustaba socializar y hasta coquetear con mujeres inteligentes y cultas aunque no entrase en relación amorosa directa. Aclaraba que Ortega propugnó la educación de la mujer, pero no era feminista, y mucho menos a la manera de moda anglosajona o del «deuxième sexe» de Simone de Beauvoir.

Lo interesante del recorrido feminista de Soledad es que no incluyó en su nueva antología sobre el amor la *Meditación de la criolla*. Deliberadamente la dejó fuera por ser tres emisiones radiofónicas, perdiéndose de esta manera lo que José Luis Cano, en septiembre de 1959, desde *El Nacional* (en un artículo sobre Ortega y América), denomina como «joya literaria». Allí Ortega describe un nuevo tipo de fémina a quien le rinde un bello y profundo homenaje: la mujer criolla de América. Cano indica que estas meditaciones son como «un piropo de altura» y en esas páginas don José se habría despachado a su gusto sobre la génesis de la mujer hispana y mestiza de Sudamérica.

Soledad asume la responsabilidad de esta nueva edición sobre la cultura del amor y de su ampliada selección, advirtiendo que no

incluye un aparato crítico y exhaustivo como el que correspondería en una futura obra completa del autor. En donde ella sí quiere asegurarse la continuidad con la labor editorial de Ortega es en *Revista de Occidente*.

Nueva etapa en Revista de Occidente

Al iniciarse una nueva etapa bajo su mando, en 1980, y tomando en cuenta las expectativas del lector culto, que abarca un público de culturas ibéricas y latinoamericanas, ella anuncia que la *Revista* será una publicación informativa, de crítica y notas serias, objetiva y al día. Como editora se encontraba ante un mundo distinto, más «compartimentado» por una especialización creciente y con el peligro de la incomunicación. Lo que requería una acción interdisciplinaria de textos accesibles para especialistas y también para lectores no especializados. Su meta era preservar en la *Revista* la calidad y la importancia del ensayo de Ortega, manteniendo su estilo de fino equilibrio entre la teoría para la erudición y la divulgación intuitiva y circunstancial para el gusto de un amplio público que respondía a intereses plurales. El género ensayístico del modelo original le permitirá «otear» desde el pasado la «fecha hito» de 1980, tomando en cuenta que desde un presente dinámico se podría afrontar el futuro en tiempos favorables de apertura democrática para los españoles. En este sentido cumplía a rajatabla con la razón vital e histórica de su padre, siempre atento y alerta a los cambios de clima social.

Soledad percibe que son «décadas» distintas a la suya y a la del fundador de *Revista de Occidente*. La etapa que se inicia bajo su dirección responde a un cambio profundo de ética y potencialidades sociales en que la revista se recrea con un renovado empeño cultural. Por ser herencia de su padre, la aventura era

doblemente arriesgada. Y entre los riesgos asume en 1983 el ejercicio de encarar momentos históricos controvertidos del pasado como el periodo del exilio español, mosaico de recuerdos duros de recomponer pero que debían quedar como constancia escrita, con testimonios vivenciales, como los suyos de primera mano y sin retaceos. Lo que requería un llamado a la honestidad intelectual tanto para los que participan en el relato como para ella misma como hija de Ortega y protagonista de los hechos históricos a la hora de evocar recuerdos. Y lo que le asombró de algunos que habían conocido a su padre era la «despersonalización» de algunos testimonios, como sombras huyendo del recuerdo directo. Con su temple de recolectora de pasados propone una «resurrección del instante» de la persona evocada, como si fuera una instantánea fotográfica sin retoques superficiales.

Este mismo desafío se lo plantea en 1986 en un número de *Revista de Occidente* dedicado a la Guerra Civil Española, esa gran crisis política de España que requería desenterrar memorias traumáticas y apertura de archivos dolorosos, con personalidades controvertidas y, para los contemporáneos, lejanas o cargadas de resentimientos ocultos. Ella pone en marcha «el sentido histórico» de su padre para que la guerra y sus secuelas –que hirió a tantas consciencias– no aparezca como mera teoría política despersonalizada o antagonica. Pondrá a disposición del estudioso la esencia misma de la historia, como diría Ortega «desde dentro», ofreciendo un gran corpus de recuerdos personales, algunos incómodos, para ahondar en la catástrofe más honda de la historia de España.

Consciente de su herencia orteguiana, Soledad vuelve a tomar impulso en 1987 para ofrecer al lector de *Revista de Occidente* la «andadura originaria» de dicha publicación desde su fundación. Y para ello pone a disposición del lector una «cantera» de notas que parecen no agotarse y que trazan el perfil o esbozo de quien fue su fundador. Ella ofrece más de 30.000 notas de trabajo de los

archivos de la Fundación para evocar «el peculiar método» con que su padre desarrollaba su trabajo. Evoca a Ortega sentado en la mesa de trabajo en los sucesivos comedores de las casas que habitó, campo de acción intelectual sobre el que instalaba sus cuartillas, libros, atril, enhebrando día a día el hilo de su fértil pensamiento filosófico. En este escenario se preservaron miles de notas escritas en cartulina, con referencias bibliográficas, citas, enunciados esquemáticos a exponer en libros o conferencias. Y en medio de este escenario campal lleno de papeles, ella destacaba el detalle nimio de un tintero, la pluma, la taza de café y las colillas en ceniceros. Todo un mundo de sensaciones vivas para preservar las imágenes de un filósofo que trabajaba incansablemente para mantener a su familia y poder modificar con su pensamiento el destino de España. En lo doméstico, corrobora un amigo argentino cómo, en Buenos Aires, doña Rosa levantaba los papeles de la mesa de madera del comedor de la calle Quintana cuando llegaban visitas y en tertulias con íntimos amigos de su entorno.

Estas «redacciones parciales» que son las notas que Soledad recoge cuidadosamente con sus colaboradores para que eventualmente lleguen a ser trabajos más completos, ella las ofrece como «huellas gráficas de la construcción de su pensamiento», aquello que luego quedará fijado, en redacción definitiva muy distinta, en sus publicaciones. Con esta notable apertura de archivos ella introduce al especialista en una enorme área de investigación, brotando del hilo mismo de la mente de Ortega, con notas que son como «el almanaque de un ingente trabajador». La incansable labor de Soledad para con el estudioso orteguiano ha quedado registrada en las múltiples cartas que recibía de investigadores nacionales e internacionales, destacándose la labor de eruditos franceses y norteamericanos como también del mundo transatlántico de habla hispana donde Ortega, desde el periódico, habría instalado su cátedra continental hacia el Nuevo Mundo.

A lo largo de su etapa como directora de *Revista de Occidente* en «su tercera andadura», Soledad no se olvidará de Fernando Vela, secretario de redacción de su padre y personaje fundamental en la conducción de la *Revista*, alma y motor de su etapa inicial. Y como a ella no le gustaba interferir en la historia, ofrece un paquete de cartas para que hablen por sí solas. Con cada gesto acepta ante los lectores el doble rol que le ha tocado cumplir como directora de la *Revista* y como testigo familiar, pero advierte que ella no puede, como muchos colaboradores, «tomar distancia» a la hora de evocar recuerdos. Lo subjetivo esta siempre a flor de piel, pero objetivamente siente que tiene una deuda no solo hacia los especialistas, sino también con «todos los amantes de nuestro pasado histórico» como diría su padre, en la hora feliz como en la amarga.

Un rasgo de generosidad y humildad en Soledad es el agradecimiento hacia quienes le acompañan y colaboran con los archivos o con su aventura editorial. Ella se repliega en un viejo refrán «yo he hecho lo que he podido; Fortuna lo que ha querido» reconociendo que la mitológica diosa de la fortuna le ha sido propicia y que la *Revista*, después de tiempos difíciles de censura y ostracismo, ha llegado a su plena salud editorial en tiempos de democracia.

En los años noventa, a raíz de un número de *Revista* en que se publican cartas de María Zambrano a Ortega, ella aclara que son cartas particulares, íntimas, de un momento específico, y dirigidas a una persona determinada. Respetuosa del tiempo epistolar que las ha engendrado, deja fluir los sentimientos, las ideas, los testimonios y el diálogo vivo entre discípula y maestro, sabiendo que se podrían prestar a controversias encendidas. Ella siempre prefirió la apertura, aunque no siempre fue bienvenida.

Como mujer e hija de Ortega, a Soledad le gustaba y hasta le divertía que desfilaran por su vida múltiples personajes, sentirse ella misma como un archivo vivo en el cual incluyó también a los sudamericanos, sobre todo a Victoria Ocampo, con quien compar-

tía la misma devoción por los epistolarios, aceptando ambas que atesoraban tiempos pasados; en el caso de Soledad dentro de una democracia recuperada, en el de Victoria ante periodos de decadencia, violencia y desenfreno populista en que *Sur* y su persona sufrían los efectos tóxicos de la vorágine política. En el intercambio entre ambas, también con los Elizalde y García Pinto se nota cómo la rueda de la fortuna ha cambiado su ciclo respecto a la prosperidad argentina prevista por su padre en «La Pampa... promesas». Del optimismo criollo de los años veinte, se habría pasado a la frustración que pesaba sobre el ánimo de su amiga Victoria en los años setenta.

En un homenaje póstumo a Victoria en Buenos Aires, publicado por *Revista* en 1980, decía Soledad: «se nos ha ido Victoria calladamente, sin un gesto en toda su larga y ardiente vida que no sea el que brota de la calidad humana más alta, de la generosidad misma, de la inteligencia y la sensibilidad aparejadas». En estas palabras dice hablar desde el trasfondo de Ortega, herencia de una rica amistad recibida. Y, como presagiando un mejor futuro, anticipa que la obra de Victoria será comentada, analizada y valorada por críticos, como también lo que fue su persona. Y añade respecto al destino y adecuada archivación de los epistolarios y libros de Victoria: «no dudo que la UNESCO y *Sur*, si se han quedado en sus manos, sabrán explotar con acierto esa rica cantera histórico-cultural, (...) contribuyamos todos con nuestros esfuerzos a que el olvido, la desidia, la falta de continuidad en la labor no apaguen con su ceniza el resplandor de la vida de Victoria Ocampo».

En este mismo viaje de despedida a Victoria, en el que definitivamente se cerraba una etapa existencial, a Soledad se le abrió otro nuevo panorama histórico al reencontrarse con Avelina Gutiérrez, hija del fundador de la Institución Cultural Española, a quien conoció en mi casa. Este encuentro inició todo un proyecto

de recuperación de la vida de su padre con la Institución Cultural y las colectividades argentinas, al que se añadía otro desafío más ambicioso que quiso ver prosperar: la existencia de un pensamiento americano de Ortega, para el cual puso a mi disposición todos los archivos de la Fundación, entre los cuales aparecieron los famosos borradores del fallido proyecto con Calpe de Argentina en el año cuarenta, engorroso capítulo de su exilio en ese país y por el cual la familia retornó a Europa.

En las conversaciones que mantuve con ella, Soledad nunca titubeó en confrontar la tarea sobre cómo su padre se habría hecho cargo del Nuevo Mundo, recordando sus palabras en *El Espectador* en su ensayo «Por qué he escrito “El hombre a la defensiva”». Allí se decía «que no podría escribirse mi biografía sin dedicar algunos capítulos centrales a la Argentina. Yo debo ni más ni menos, toda una porción de mi vida –situación, emociones, hondas experiencias, pensamientos– a ese país (...) Yo no tengo en el universo y del universo más que mi vida y resulta que una parte muy importante de ella se debe a la Argentina». Palabras gruesas que Soledad tomó en serio ensanchando para investigadores y lectores curiosos la nueva perspectiva con que Ortega encaró la convulsionada identidad y conciencia latinoamericana, lo que motivó su sucesivo crecimiento como filósofo, haciéndose cargo de la vitalidad histórica de todo un continente hispano.

Soledad Ortega, detrás de esta gran vocación de custodia de pasados afectivos y efectivos, como describe Antonio Garrigues Walker al despedirla, se manifiesta como una fuerte personalidad, dulce, afable, de comfortable distancia, de mirada viva y hasta inquisidora, mujer que conocía su rol perfectamente como lúcida y rigurosa hija de Ortega, poniendo a disposición de un vasto público de lectores transatlánticos los papeles más recónditos del maestro. Según Garrigues, esta realidad «la obligó a una labor apasionante y dolorosa».

Hoy podemos recuperar y preservar nuestro Galdós, nuestro Ortega, nuestra *Revista de Occidente*, y nuestra América orteguiana en su gran diversidad etnológica gracias a la persistente y talentosa vocación de una conservadora de archivos de excepción. El diario *La Nación* del 4 de diciembre de 2007 la despidió como una «lúcida intelectual, culta emprendedora, promotora de iniciativas editoriales, fundadora de *Revista de Estudios Orteguianos*, presidiendo el Instituto Universitario Ortega y Gasset, entidad de relieve internacional y otros emprendimientos educativos que responden a una Fundación pluralista, tolerante, liberal y europeísta, fundada en memoria de su padre. Al recibir la Gran Cruz de Alfonso el Sabio de manos del rey de España ella le comenta al monarca: “A mi espalda siento el acicate de mi padre en toda su universal dimensión”».

Síntesis adecuada y certera de quien custodió cuidadosamente y con minuciosidad femenina a lo largo del tiempo, imágenes de vidas, textos y archivos propios y ajenos, preservando intacto el sentido histórico tan cercano al corazón de la filosofía de su padre. Ella contribuyó a lo que Ortega en los 25 años de la Institución Cultural Española definió como «la razón de las cosas humanas (...) razón cuyo razonar consiste en contar, en contar historia, es la razón narrativa, es la razón histórica (...) La historia es una melodía de experiencias en que cada nota supone todas las anteriores y emerge de ellas. Por eso la canción de la historia hay que cantarla entera». Porque el cuento de lo que paso ayer y anteayer es la clave y la causa de lo presente y así sucesivamente.

M. C.